



Un fallido biopic histórico en *Napoleón* (Ridley Scott, USA, 2023)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

El todoterreno y reputado director británico, Ridley Scott, con obras maestras del cine de ciencia ficción como *Alien* (1979) y otras afamadas recreaciones históricas como *Gladiator* (2000), se encarga de llevar a la gran pantalla la figura del Gran Corso, el hombre que desde finales del siglo XVIII hasta el primer tercio del XIX determinó el destino de Europa; una empresa compleja, colosal

y difícil, como suele ser cualquier realización de alto presupuesto que ha de reconstruir un mundo desaparecido y dotarle de verisimilitud. Además, Napoleón no fue una figura cualquiera, genio militar y revolucionario, instauró la supremacía gala en Europa.



Amado y odiado por sus afanes imperialistas, no deja de ser controvertido, pero también fue quien influyó en una nueva Europa nacionalista donde iba a dejar poco a poco atrás el absolutismo. La intensa y nada aburrida biografía de Napoleón está jalonada de grandes hechos bélicos, desde su primera hábil y exitosa maniobra en la toma de Tolón, un puerto ocupado por los británicos en plena revolución, pasando por Marengo hasta llegar a su momento álgido, en Austerlitz, en la conocida batalla de los Tres Emperadores. Ahora bien, como suele suceder, las películas no son libros de Historia, así que el director elige el punto de vista y, sobre todo, cómo quiere presentar al personaje en la gran pantalla

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2023.33.2.613-617>

Copyright © 2023 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2023. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

seleccionando momentos. Y Scott decide hacerlo desde una mirada íntima y personal, relegando al Napoleón guerrero a un segundo plano y destacando, sobre todo, su gran historia de amor con Josefina.

Hasta ahí, poco más se puede decir, dudas históricas aparte, sobre si Napoleón estuvo en el momento en el que murió guillotinado María Antonieta, no son claves en una película en la que los expertos han detectado innumerables errores, que no son lo que en el fondo lastre mayormente la realización, sino el carácter de la psicología de Bonaparte.



La misma elección de Joaquín Phoenix para encarnar al corso a lo largo de toda su carrera no resulta del todo creíble. Siempre parece el mismo, y no lo fue, fue cambiando. Así mismo, aunque no fuera un hombre de grandes parlamentos, en ningún momento se nos trasmite su enorme agudeza como militar y más tarde política, menos aún sus aportaciones como gobernante o su carisma (aunque sufriría algunos atentados).



En Austerlitz y en Waterloo, las otras dos grandes batallas fundamentales tras Tolón, en la que aparece como líder militar (mucho más brevemente se revela en Borodino y en la batalla de las Pirámides), se muestra desganado, como si todo fuese ajeno a él, no dando la impresión de que sus órdenes fueran las que, realmente, condujeron al resultado de cada una de las batallas (rodadas de forma muy espectacular y entretenida eso sí, pero con escaso rigor ambas). Tampoco la parte personal que más interesa al director de la vida privada de Napoleón está bien trazada. Salvo Josefina (una excelente Vanessa Kirby) se echa mucho a faltar a más secundarios que tengan algo más de peso en la vida del emperador. Por supuesto, hubo una larga lista, y no hay forma de atenderles a todos ellos, pero no tienen apenas incidencia, pasan por la pantalla como meros figurantes, salvo Lucien Bonaparte (Matthew Needham) o Paul Barras (Tahar Rahim), al principio, o Alejandro I (Edouard Philippo) más tarde, los demás se desdibujan, hasta el mítico ministro Talleyrand o Fouché apenas están tratados. No



digamos la mayor parte de los militares que rodearon a Napoleón, como Berthier, Murat, Masséna, Soult, Ney o Bernadotte (más tarde rey de Suecia), sólo por citar a algunos, o a su familia, de la que únicamente se hacen presentes su madre y su hermano Lucien.

Scott parece limitarse a sumar capítulo tras capítulo, a veces, con saltos temporales demasiado evidentes (igual es un tema de la posproducción y de los recortes al metraje que se han hecho), que acaban por parecer una acumulación de hechos descriptivos sin una clara evolución. Por ejemplo, pasamos de ver a Napoleón desdeñar la posibilidad de convertirse en rey a, en la escena siguiente, ver el mítico momento en el que se autoproclama como emperador en la catedral de Notre Dame inaugurando una nueva dinastía... el

trazo parece demasiado grueso. Por mucho que se pretenda observar a un Napoleón íntimo, desnudando así su alma, presentado como un ser de carne y hueso (incluso en la intimidad de su alcoba), parece mostrarnos a un niño cuya tormentosa relación con Josefina es un tanto infantil (pero sin apuntar a que Josefina tuvo un papel muy destacado en el modo en el que Napoleón supo adentrarse en los círculos de poder de la época).



Otro capítulo a destacar fue la gran expedición napoleónica a Egipto,

una secuencia decepcionante porque recrea los aspectos menos notorios de esta aventura y se resaltan otros tan irreales como el darles con un cañonazo a la cúspide de dos de las pirámides y desarbolar con ello al ejército mameluco, o cuando el motivo que se alude para que Napoleón regrese a Francia sea por el hecho de conocer que Josefina tiene un amante... tuvo muchos, pero también él tuvo otra en esa campaña. Y si lo hizo fue porque su hermano Lucien le urgió por la debilidad del Directorio (lo peor es que todo este episodio en Egipto es tan descriptivo como poco interesante).



Sólo en la parte final, desde el momento a que emprende la campaña de Rusia, la historia se templea algo más. Es notoria, eso es verdad, la nula mención al papel que jugó para Napoleón Italia o España en su vida.



En líneas generales, la película de Napoleón naufraga y resulta mediocre, no por el cúmulo de alteraciones históricas antes señalado (que restan credibilidad sólo al espectador experto en el tema), sino porque Scott no le dota de ninguna profundidad al personaje ni a su época. El director cree estar ofreciendo un punto de vista original y único de Bonaparte, cuando, en realidad, se centra en las flaquezas de un hombre que, a pesar de ellas, fue mucho más que su pretendido conjunto de debilidades. De hecho, únicamente cuando se escapa de la isla de Elba, en 1815, y vuelve a Francia hasta su derrota definitiva en Waterloo, se destaca la enorme popularidad que supo granjearse en sus años de gobierno de Francia entre los franceses (aunque también tuvo sus detractores e intentos de asesinato). Tal vez, la recreación de la última batalla napoleónica es de lo más destacado del conjunto, a pesar de otras nuevas licencias que se toma (como cuando el mismo emperador carga al frente de su caballería, muy visual, pero sin ninguna veracidad). Así mismo, la caracterización de su homólogo, el duque de Wellington (Rupert Everett), no es demasiado positiva, mostrándole como un viejo cascarrabias.

De todas formas, este nuevo Napoleón de Scott no convence por

muchos motivos que van más allá de su veracidad. Resulta completamente fallido tanto en la parte épica (lo único reseñable, pero sin ser del todo certero) como en lo emocional. No es capaz de recrear al *verdadero* hombre de carne y hueso (con sus virtudes y debilidades) que supo forjarse su propio destino.

Es un biopic frío, distante y falto de intensidad, como si al querer mostrar Scott *otra faceta* del personaje se olvidara de velar por darle una cierta coherencia al conjunto.



USA, 2023. Título original: Napoleon. Coproducción Estados Unidos-Reino Unido. Productoras: Apple Studios, Scott Free Productions, Apple. Dirección: Ridley Scott. Guion: David Scarpa. Música: Martin Phipps. Fotografía: Dariusz Wolski. Reparto: Joaquin Phoenix, Vanessa Kirby, Rupert Everett, Edouard Philippe, Mils Jupp, Ian McNeice, Tahar Rahim, Ben Miles y Mathew Needham. Duración: 158 min.